

La presentación de la persona en la vida cotidiana **ERVING GOFFMAN**

Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1981

1 El escenario de la actuación social: proyección del yo y vulnerabilidad situacional

Cuando el individuo proyecta una definición de la situación al presentarse ante otros, debemos tener en cuenta que los otros, por muy pasivos que sean, proyectarán a su vez eficazmente una definición de la situación en virtud de su respuesta al individuo y de cualquier línea de acción que inicien hacia él. (...)

De todos modos, en la medida en que los otros actúan como si el individuo hubiera transmitido una impresión determinada, podemos adoptar una actitud funcional o pragmática y decir que éste ha proyectado «eficazmente» una determinada definición de la situación y promovido «eficazmente» la comprensión de que prevalece determinado estado de cosas.

En conjunto, los participantes contribuyen a una sola definición total de la situación, que implica no tanto un acuerdo real respecto de lo que existe sino más bien un acuerdo real sobre cuáles serán las demandas temporalmente aceptadas. (...)

Sin embargo, durante el período en que el individuo se encuentra en la inmediata presencia de otros, pueden tener lugar pocos acontecimientos que proporcionen a los otros la información concluyente que necesitarán si han de dirigir su actividad sensatamente. (...)

Dado el hecho de que un individuo proyecta eficazmente una definición de la situación cuando llega a presencia de otros, cabe suponer que dentro de la interacción quizá tengan lugar hechos que contradigan, desacrediten o arrojen dudas sobre esta proyección. Cuando ocurren estos sucesos disruptivos, la interacción en sí puede llegar a detenerse en un punto de confusión y desconcierto. Algunos de los supuestos sobre los cuales se habían afirmado las respuestas de los participantes se vuelven insostenibles, y los participantes se encuentran en el seno de una interacción cuya situación había sido equivocadamente definida y ahora ya no está definida en modo alguno. En tales momentos el individuo cuya presentación ha sido desacreditada puede sentirse avergonzado, mientras los demás se muestran hostiles, y es posible que todos lleguen a encontrarse incómodos, perplejos, desconcertados, experimentando el tipo de anomia que se genera cuando el pequeño sistema social de la interacción cara a cara se derrumba.

Al colocar el acento en que la definición de la situación proyectada por un individuo tiende a proporcionar un plan para la actividad cooperativa subsiguiente -al prestar énfasis a este punto de vista de la acción - no debemos pasar por alto un hecho decisivo: cualquier definición proyectada de la situación tiene un carácter moral particular. Es este carácter moral de las proyecciones el que nos interesa principalmente en este trabajo. La sociedad está organizada sobre el principio de que todo individuo que posee ciertas características sociales tiene un derecho moral a esperar que otros lo valoren y lo traten de un modo apropiado. En conexión con este principio hay un segundo: un individuo que implícita o explícitamente pretende tener ciertas características sociales deberá ser en realidad lo que alega ser. En consecuencia, cuando un individuo proyecta una definición de la situación y con ello hace una demanda implícita o explícita de ser una persona de determinado tipo, automáticamente presenta una exigencia moral a los otros, obligándolos a valorarlo y tratarlo de la manera que tienen derecho a esperar las personas de su tipo. También, implícitamente renuncia a toda demanda de ser lo que él no parece ser, y en consecuencia renuncia al tratamiento que sería apropiado para dichos individuos. Los otros descubren, entonces, que el individuo les ha informado acerca de lo que «es» y de lo que ellos deberían ver en ese «es».

No se puede juzgar la importancia de las interrupciones que causan problemas de definición por la frecuencia con que aquéllas tienen lugar, ya que aparentemente ocurrirían con mayor asiduidad aun si no se tomaran precauciones constantes. Encontramos que se emplean de

continuo prácticas preventivas para evitar esas perturbaciones, y también prácticas correctivas para compensar los casos de descrédito que no se han podido evitar con éxito. Cuando el sujeto emplea estas estrategias y tácticas para proteger sus propias proyecciones podemos referirnos a ellas como «prácticas defensivas»; cuando un participante las emplea para salvar la definición de la situación proyectada por otro, hablamos de «prácticas protectivas» o «tacto». En conjunto, las prácticas defensivas y protectivas comprenden las técnicas empleadas para salvaguardar la impresión fomentada por una persona en presencia de otras. Se debería agregar que si bien podemos mostrarnos dispuestos a aceptar que ninguna impresión fomentada sobreviviría si no se empleasen las tácticas defensivas, estamos quizá menos dispuestos a ver cuán pocas impresiones sobrevivirían si aquellos que las reciben no lo hicieran con tacto. (...)

Debajo de toda interacción social parece haber una dialéctica fundamental. Cuando un individuo se encuentra con otros quiere descubrirlos hechos característicos de la situación. Si tuviera esa información podría saber qué es lo que ocurrirá, y estaría en condiciones de dar a conocer al resto de los presentes el debido cupo de información compatible con su propio interés. Para poner plenamente al descubierto la naturaleza fáctica de la situación sería necesario que el individuo conociera todos los datos sociales pertinentes acerca de los otros. Sería necesario que conociera, asimismo, el resultado real o el producto final de la actividad de las demás personas durante la interacción, así como sus sentimientos más íntimos respecto de su propia persona. Raras veces se tiene acceso a una información completa de este orden; a falta de ella, el individuo tiende a emplear sustitutos -señales, tanteos, insinuaciones, gestos expresivos, símbolos de estatus, etc.- como medios de predicción. En suma, puesto que la realidad que interesa al individuo no es perceptible en ese momento, este debe confiar, en cambio, en las apariencias. Y, paradójicamente cuanto más se interesa el individuo por la realidad que no es accesible a la percepción, tanto más deberá concentrar su atención en las apariencias. El individuo tiende a tratar a las otras personas presentes sobre la base de la impresión que dan acerca del pasado y el futuro. Es aquí donde los actos comunicativos se transforman en actos morales. Las impresiones que dan las otras personas tienden a ser consideradas como reclamos y promesas hechas en forma implícita, y los reclamos y promesas tienen un carácter moral. El individuo piensa: «Utilizo las impresiones que tengo de ustedes como un medio de comprobar lo que son y lo que han hecho, pero ustedes no deben llevarme por un camino equivocado». Lo peculiar acerca de esto es que el individuo tiende a asumir esta posición aunque crea que los otros no tienen conciencia de muchos de sus comportamientos expresivos y pueda esperar que los explotará sobre la base de la información que recoge acerca de ellos. Puesto que las fuentes de impresiones usadas por el sujeto observador entrañan una multitud de normas relativas a la cortesía y al decoro, al intercambio social y al desempeño de la tarea, podemos apreciar otra vez cómo la vida diaria se halla enredada entre líneas morales discriminatorias.

Adoptemos ahora el punto de vista de los otros. Si quieren comportarse como caballeros y jugar limpio con el individuo darán poca importancia consciente al hecho de suscitar impresiones sobre sí mismos, y actuarán, en cambio, sin engaños ni estratagemas, permitiendo que el individuo reciba impresiones válidas sobre ellos y sus esfuerzos. Y, si prestan atención al hecho de que son observados, no se dejarán influir indebidamente por esto, satisfechos de saber que el individuo obtendrá una impresión correcta y será justo con ellos. Si quisieran influir en el tratamiento que les dispensa el individuo -y esto es algo que cabría oportunamente esperar -, tendrán a su disposición un medio caballeresco de hacerlo. Sólo necesitan guiar su actividad en el presente de modo que sus futuras consecuencias sean de un tenor que induciría a un individuo justo a tratarlos ahora en la forma que quieren ser tratados; una vez hecho esto, solo les queda con fiar en la perceptibilidad y rectitud del individuo que los observa.

A veces quienes son observados emplean, por supuesto, estos medios adecuados para influir en el trato que les da el observador; pero hay otro camino más corto y eficaz para influir en el observador. En vez de dejar que la impresión que suscita su actividad surja como un derivado incidental de ésta, puede reorientar su marco de referencia y dedicar sus esfuerzos a la creación de impresiones deseadas. En lugar de lograr ciertos fines por medios aceptables, puede tratar de producir la impresión de que logra ciertos fines por medios aceptables. Siempre es

posible manipular la impresión que el observador usa como sustituto de la realidad, porque el signo que sustituye la presencia de una cosa, no siendo esa cosa, puede ser empleado a falta de ella. La necesidad que tiene el observador de confiar en las representaciones de las cosas crea la posibilidad de tergiversación.

Hay muchos grupos de personas que piensan que no podrían seguir actuando en la esfera de los negocios -sea cual fuere la índole de su actividad- si tuvieran que limitarse a los medios caballerescos para influir en quien los observa. En un momento u otro de su ciclo de actividad creen que es necesario reunirse y manipular directamente la impresión que producen los observados se convierten en un equipo de actores, y los observadores en el auditorio. Los actos que parecen ser hechos sobre los objetos se transforman en gestos dirigidos al auditorio. El ciclo de actividad se dramatiza.

ERVING GOFFMAN

Behaviour In Public Places: Notes On The Social Organization Of Gatherings

The Free Press, Nueva York 1966, pp. 83-88

Dos rituales de la interacción cotidiana en la modernidad: desatención cortés y distancia de rol

2.1 Desatención cortés (civil inattention)

En situaciones en las que los copresentes no participan de un foco común de interacción o conversación, es posible que alguna persona someta a un intenso escrutinio a los demás y refleje su opinión a través de expresiones faciales o gestuales por ejemplo, la «mirada de odio» que un sureño blanco arroja gratuitamente a los negros que pasan a su lado.

Es posible también tratar a las personas como si no estuvieran presentes, como objetos que no merecen más que una leve ojeada. Si la actitud de la persona es tal que se altera su propia apariencia como resultado de la presencia de otros, podemos hablar de un «trato de no personas»; son ejemplos de nuestra sociedad el trato que se dispensa en ocasiones a niños, sirvientes, negros o enfermos mentales.

Este tipo de trato debe ser diferenciado de otra clase de comportamiento, que se estima más adecuado en muchas situaciones y que denominaremos «desatención cortés». El componente esencial es que cada copresente presta una atención visual suficiente para demostrar que aprecia la presencia del otro (y que se admite abiertamente esta atención), pero que, al apartar con rapidez la mirada, se da a entender que no hay un motivo especial de curiosidad. Cuando esta cortesía es representada por dos transeúntes la desatención cortés toma la forma de un cruce de miradas que se mantiene hasta una distancia aproximada de ocho pies y que termina con un desvío de la vista cuando están a la misma altura, una forma de apagar las luces. En cualquier caso, estamos con probabilidad delante de la forma más delicada de ritual interpersonal, expresión que regula constantemente el intercambio social de las personas.

Mediante el ritual de desatención cortés, la persona muestra que no alberga razón alguna para desconfiar de los demás, serles hostil o tratar de evitarlos. (Al extender esta cortesía, se abre a un tratamiento similar por parte de los demás). Esto demuestra que no tiene nada que ocultar o evitar al ser mirado o al ser visto mirando, y que no está avergonzado de sí mismo o del lugar o la compañía con la que se encuentra. (...)

La moral de un grupo al contemplar esta mínima cortesía -ritual cortés que tiende a tratar a los presentes como participantes de una situación y no en términos de otro rasgo social se pone a prueba cuando hace presencia alguien con una fuerte divergencia en su estatus social o en su apariencia física. La clase media inglesa por ejemplo, se enorgullece de prestar a personajes famosos o infames el privilegio de la desatención cortés en público, así ocurre cuando

los niños de la realeza pasean por los parques con poca gente a su alrededor. En la sociedad americana, uno de las grandes pruebas a las que se enfrentan los discapacitados físicos es el escrutinio al que son sometidos en sitios públicos, en una invasión de su intimidad invasión que actúa como amplificador de sus atributos indeseables.

ERVING GOFFMAN

Encounters. Two Studies In The Sociology Of Interaction

The Bobs Merrill Company, 1961, pp. 93-96

2.2. Distancia de rol (Role distance)

La participación en una situación cara a cara requiere de cada persona un nivel de control sobre si misma, que incluye tanto la capacidad de ajustar y controlar los movimientos físicos como la aptitud para dar y recibir comunicaciones. El fracaso para mantener el equilibrio del rol situacional hace sufrir al sistema como un todo. La función de cada persona es mantener su propio equilibrio; a su vez, puede haber participantes cuya tarea primordial es moderar la actividad y salvaguardar el equilibrio de los otros.

Muchos sistemas incluyen mecanismos para controlar las contingencias sin que medie una amenaza real. Sin embargo no hay sistema que sea ajeno a una posible perturbación, y algunos sistemas concretos son campos muy apropiados para el análisis de estas contingencias, por ejemplo, los quirófanos.

Si un jinete puede ser descalificado de una competición si no sabe montar, a un niño se le puede impedir subir a un tiovivo si carece de bono o si no hay nadie que se haga responsable de su seguridad. Hay una diferencia obvia entre la cualificación exigida para desempeñar un rol y los atributos que se requieren para representarlo de forma satisfactoria, una vez que ha sido adquirido.

Montar en un tiovivo con tres o cuatro años es, aparentemente, un desafío manejable que aporta al niño una ocasión para demostrar sus capacidades. El jinete penetra por completo en el rol que está desempeñando con la máxima concentración. Aquí, ser es hacer, y lo que se designa «jugar a» se distingue por la seriedad de su realización.

Podemos destacar tres elementos involucrados: una aceptada vinculación al rol; una demostración de la cualificación y capacidad para desempeñarlo; y un activo y espontáneo involucramiento en la actividad del rol. Me referiré con el término "abrazar" a la situación que englobe estos tres rasgos conjuntamente. Abrazar un rol es desaparecer en el yo virtual de la situación, ser visto por completo en términos de la imagen y confirmar expresivamente que uno lo acepta. Abrazar un rol es ser abrazado por él.

Volviendo al tiovivo, comprobamos que cuando los niños tienen cinco años la situación se transforma. Montar en el tiovivo ya no es suficiente y esto debe demostrarse mediante una cuidadosa consideración del papel que se desempeña. Un muchacho lleva el compás de la música golpeando con los pies o las manos el caballito, algo que indica que la situación está bajo absoluto control. Otro puede cambiar de caballo sin tocar con los pies la plataforma. Otro, sujetándose con solo una mano a la barra, estira su cuerpo hacia atrás al máximo mientras contempla el cielo sin muestra aparente de vértigo. Nótese que con estas acciones el jinete no trata de minimizar algún inconveniente de la situación, sino el rol en su conjunto. La imagen proyectada de sí, fruto exclusivo de su participación en la actividad, su yo virtual en el contexto, es una imagen que aparentemente rehúye manipulando activamente la situación. Este comportamiento intencional o no, sincero o afectado, apreciado por los presentes o no, es una cuña entre la persona y su rol, entre el hacer y el ser. Denomino distancia de rol a esta expresión intencionada para separar al yo de su rol putativo El mensaje que se transmite es que la persona no niega el rol, si no el yo virtual implicado en el rol de quien lo representa

El término «distancia de rol» no se refiere a los comportamientos que no contribuyen a la parte substancial de la tarea de un rol, sino a aquellos comportamientos vistos por los presentes como relevantes para evaluar la vinculación del actor a su rol, y que descubren que la persona siente cierta desafección o resistencia hacia el rol.

ERVING GOFFMAN

Frame analysis. An essay of the organization of experience.

Harper and Row, Nueva York 1984, cap. II, pp. 20-39

Los marcos de interpretación de la experiencia

3.1. Los marcos primarios

En las sociedades occidentales cuando las personas reconocen un acontecimiento, sea el que sea, implican en su respuesta (y emplean de hecho) uno o más marcos o esquemas de interpretación que denominaré marcos primarios. Los llamo primarios porque la aplicación de estos esquemas no depende ni remite a una interpretación «original»; un marco primario puede convertir un aspecto de la situación que pudiera haber pasado desapercibido en algo especialmente significativo.

Los marcos primarios varían en su grado de organización. Algunos se presentan como un completo sistema de postulados y reglas; otros -muchos otros- no tienen aparentemente un sistema articulado, sino que reflejan el saber popular o una perspectiva difusa. Cualquiera que sea el grado de organización, cada marco primario permite localizar, percibir, identificar, definir y clasificar un aparente número infinito de acontecimientos. Es posible que no tengamos conciencia de esta organización y también es posible que el marco no pueda explicar su propio desarrollo; sin embargo, estos pormenores no impiden la facilidad y corrección con que son aplicados.

En nuestra vida diaria entendemos una distinción entre dos grandes grupos de marcos primarios. Los marcos naturales identifican acontecimientos que carecen de orientación, dirección o guía, estrictamente físicos. Estos acontecimientos se perciben determinados por completo desde el principio al fin. No hay ni una intervención intencional, ni un actor que conduzca la situación. No hay éxito ni fracaso ligado a estos hechos, ni tampoco se desprenden sanciones o gratificaciones. Prevalece un determinismo total. Puede entenderse que estos fenómenos se deben interpretar en un marco «fundamental» y que algunas premisas como la conservación de la energía, o la existencia de un tiempo único son compartidas por todos. Las ciencias físicas o biológicas son dos impecables ejemplos de los marcos naturales. Un ejemplo ordinario es el parte meteorológico.

Los marcos sociales sirven para interpretar acontecimientos que incorporan el deseo, la intención, un esfuerzo inteligente, una mediación viva, el ser por excelencia el ser humano. Este ser es muy vulnerable; puede ser amenazado, engatusado, adulado y desairado. Podemos llamar «hechos guiados» a sus desempeños. Los hechos someten al actuante a «estándares» y valoraciones sociales de sus actos basadas en su honestidad, eficiencia, economía, seguridad, elegancia, tacto, buen gusto, etc. Hay un continuo control, más visible cuando la acción es inesperada y se requiere un esfuerzo compensatorio adicional. Los motivos y las intenciones están implicados y su conocimiento ayuda a seleccionar qué marco de interpretación debe ser aplicado. Empleamos el término causalidad para referirnos al efecto ciego de la naturaleza y al efecto intencionado de la persona, el primero visto como una cadena infinita de causas y efectos y el segundo como algo que se inicia con una decisión mental.

Sabemos que la actividad mental inteligente tiene capacidad para penetrar en el curso del mundo natural aprovechando su determinación de origen, con la condición de que se respete

su equilibrio ecológico. Se puede afirmar que, con la excepción de la fantasía o el pensamiento, toda actividad está sujeta a condicionantes naturales que no pueden ser omitidos. Incluso, en una partida de damas en la que el tablero es sólo una representación mental, no un objeto físico, los jugadores deben manejar información que concierne a movimientos físicos, un correcto empleo de la voz o un uso adecuado de la mano para escribir. Por tanto, aunque los acontecimientos naturales ocurren sin concurso de una actividad inteligente, los hechos inteligentes no pueden desempeñarse sin contar con el orden natural. Cualquier esquema de actividad social puede ser parcialmente analizado dentro de esquemas naturales.

Los actos guiados pueden responder a dos interpretaciones. Una, común a todos los hechos, corresponde a la manipulación del mundo natural para contrarrestar sus lógicas constricciones, otra depende de los segmentos de actividad en los que se implique el actor, por lo que son muy variables. Cualquier juego de damas implica dos condiciones de actuación radicalmente diferentes: una pertenece en exclusiva al mundo físico, al manejo del vehículo físico, no al signo; la otra pertenece al ámbito de las posiciones opuestas, exigidas por el juego, es decir, al mundo social. (...)

En suma, percibimos los acontecimientos en términos de un marco primario y este marco primario que empleamos es válido para describir el hecho al que se aplica. Cuando amanecemos ante un hecho natural; cuando bajamos la persiana para evitar que entre el sol estamos ante un hecho guiado. Cuando un coronel pregunta por la causa de una muerte, espera una respuesta que pertenece al mundo de la fisiología; cuando demanda una explicación sobre las condiciones de la muerte, quiere una respuesta que revele la dramaturgia social susceptible de describir algún aspecto que tenga que ver con la intencionalidad.

El concepto de marco primario es el primero que necesitamos, aunque no sea por completo satisfactorio. Es desconcertante que empleemos varios marcos interpretativos al unísono (cuando deje de llover, reanudaremos el juego). Hay marcos que desde el principio se imponen para responder a la pregunta ¿Qué sucede?, cuya respuesta es un acontecimiento descrito dentro de un marco primario. Pero con esto no desaparecen todas las dudas. Las cuestiones propias del microanálisis quedan sin responder: ¿Qué debe entenderse por «nosotros», «aquí», «esto»? ¿Cómo se lleva a cabo este consenso implícito? (...)

Mi descripción de los marcos primarios se ha limitado a los aspectos que movilizamos, implícita o explícitamente, cuando definimos la situación según nuestros intereses. Por supuesto, podemos realizar interpretaciones equivocadas y fuera de lugar; más adelante trataremos este tema. Pero los actores utilizan los marcos primarios con corrección casi siempre. La lectura que realizamos de los acontecimientos diferencia con exactitud los procesos y elementos que la actividad manifiesta. La vida social está organizada de forma que comprendemos y tomamos parte de su curso con facilidad. Parece desprenderse un cierto isomorfismo entre la percepción y la organización de lo percibido, a pesar de que pudieran aplicarse otros principios válidos para orientar la actividad. Como muchas otras personas en nuestra sociedad, yo suscribo esta presuposición.

Tomados en su conjunto, los marcos primarios constituyen un elemento central de la cultura del grupo social. El trabajo de interpretación hace aparecer las principales clases de esquemas, las relaciones entre ellos y la suma de fuerzas y agentes cuyos dispositivos de interpretación dejan al descubierto la indeterminación del mundo real. Debemos formarnos una imagen del marco de los marcos del grupo, su sistema de creencias su cosmología, aunque sea un tema que los estudiosos de la sociedad parecen eludir. En un territorio como los Estados Unidos, estas fuentes cognitivas no son compartidas por todos. Incluso personas que comparten similares creencias pueden diferir en determinadas creencias como la existencia de Dios o la telepatía. (La creencia en Dios y en la sacralidad de sus representantes en la tierra es un tema de disenso que afecta a la consideración sobre las causas últimas. Los científicos sociales parecen evitar este tema por cuestiones de tacto. (...))

En una sociedad como la nuestra, los marcos primarios naturales o sociales, no sólo son compartidos por quienes participan en una actividad, sino también por aquellos que la

observan. Una simple mirada sobre una cosa es suficiente para movilizar un cuadro primario y desarrollar hipótesis sobre la situación anterior y las secuencias posteriores. Que se preste poca atención a un acontecimiento no significa que nos despreocupamos de lo que pasa, sino que el marco que hemos aplicado se ha visto confirmado. Descubrir la relevancia motivacional de los presentes es un aspecto importante para la relevancia motivacional de quien observa. La mera percepción es una forma de penetración activa en el mundo cuya importancia parece obviarse a primera vista.

Bergson trata esta cuestión en un ensayo sobre la risa:

«Es cómica toda unión de actos y acontecimientos, insertos los unos en los otros, que nos ofrece una ilusión de la vida y una sensación de control mecánico».

«El carácter cómico está penetrado por la rigidez, el automatismo, la insociabilidad, la distracción».

«Nos reímos siempre que una persona da la impresión de ser una cosa».

3.2. *Los marcos secundarios*

Las observaciones realizadas sobre los comportamientos en el mundo animal nos permiten abordar el concepto central del análisis de marcos: Las claves (*The key*). Entiendo por clave un conjunto de convenciones por las que una actividad dada, provista de sentido por la aplicación de un marco primario, se transforma en otra actividad que toma a la primera por modelo pero que es considerada por los participantes de forma diferenciada. Denominaré al proceso de transcripción (*keyng*). Existe una deliberada analogía con la práctica musical.

La simple observación de monos y nutrias no permite aproximarse a actividades cercanas al juego, incluso si el juego nos evoca actividades parecidas. Bateson sugiere la amenaza, la superstición y el ritual. En estos tres casos lo que aparece no es la cosa misma, sino algo en lo que se inspira. Por el contrario, cuando nos centramos en el comportamiento humano encontramos actividades parecidas a las de los monos y las claves se multiplican. No sólo sabemos hacer lo que hace un mono, sino que sabemos poner en escena un combate según un escenario, imaginarlo, describirlo retrospectivamente, analizarlo, etc.

Voy a sugerir una definición detallada de un marco secundario:

a. Se procede a una transformación sistemática de algo que tenía un sentido según un esquema de interpretación sin el cual el marco secundario estaría desprovisto de significación.

b. Se supone que los participantes saben y reconocen que se ha producido una alteración sistemática que les hará definir de otro modo lo que sucede.

c. El principio y el fin de la transformación vienen marcados por índices. Por ejemplo, paréntesis temporales que establecen estrictamente los límites. Los paréntesis espaciales indican el espacio reservado, su extensión y sus límites.

d. Las claves no están restringidas a acontecimientos que se perciben desde una perspectiva particular. Tal y como podemos comportarnos de forma lúdica en una actividad técnica como la carpintería, también podemos prestarnos a un ritual como el matrimonio por placer o jugar en la nieve a ser un árbol que se cae; sin embargo, acordaremos que los acontecimientos percibidos dentro de un esquema natural parecen menos susceptibles a la modalización que los que se perciben dentro de un marco social.

e. Para los participantes, cualquier actividad lúdica, sea luchar o jugar a las damas, se percibe como una cosa semejante. Si la transformación que se produce como consecuencia de la aplicación de una clave altera muy poco la actividad en cuestión, sin embargo transforma profundamente la definición que un participante dará de lo que pasa. Podemos poner en

escena un combate o una partida de damas, pero para los participantes lo único que pasa es un juego. La función primordial de una clave es determinar qué es lo que sucede.

En la medida en que podemos responder a la pregunta qué sucede diciendo por ejemplo: «sólo juegan», disponemos de un punto de partida para distinguir diferentes tipos de respuesta a esta pregunta.

No podemos olvidar que ciertas acciones son absorbentes, que hechos que se encadenan e interactúan pueden cautivarnos y transportarnos, llevándonos a responder: «El rey Arturo ha desenvainado su espada y está presto a defender a Ginebra», o: «La cría de nutria va a atacar a su madre», o: "Su alfil amenaza al rey" (frase que puede ser dicha por un espectador que está a nuestro lado o, si modificamos los pronombres, a un adversario distraído). Estas respuestas dan cuenta de la experiencia tal y como la viven las personas en su interior. Pueden llegar tan lejos como lo permite el universo sentido de la actividad, que podemos denominar su dominio (real). (Sólo algunos dominios pueden ser denominados mundos; en concreto, aquellos que pueden ser considerados reales o verdaderos).

Otra posibilidad es proponer una visión de sentido común del análisis de marcos que tratamos de elaborar. Entonces diremos: «En el libro de Scott, el personaje de Ivanhoe hace cosas muy bizarras», «las nutrias no pelean realmente», «los hombres parecen jugar a algún juego de mesa».

Si no hay ninguna clave implicada, es decir, si se aplica un marco primario, la respuesta en los términos de un marco también puede presentar dudas: «No, no están jugando; es una lucha real». De hecho, cuando se desarrolla una actividad no transformada, las definiciones en términos de marco sugieren alienación, ironía y distancia. Cuando la clave en cuestión es el juego nos referimos a la actividad no transformada como la actividad «seria»; como veremos, no toda actividad seria está sin transformar y no toda actividad sin transformar puede considerarse seria.

Cuando la respuesta se hace de acuerdo con el dominio más profundo de la actividad, el tiempo juega un rol importante ya que los elementos dramáticos de la acción se desarrollan progresivamente e implican suspenso una inquieta espera del desenlace -incluso si se trata de una partida de damas por correspondencia-. Por el contrario cuando la respuesta se hace en términos de marco, el tiempo parece inmovilizarse o desaparecer y la misma descripción puede cubrir tanto un breve como un largo período de actividad, desdeñando posteriores desarrollos. El enunciado «juegan a las damas» deja de lado todos los índices que permiten comprender la situación de la partida de acuerdo con las posiciones estratégicas de los jugadores.

Todo esto nos conduce a la noción de realidad. Decimos que las acciones enmarcadas en términos de un marco primario son reales o efectivas, o que suceden real o literalmente. Una clave, por ejemplo, la puesta en escena de una acción, producirá un sentido de que lo que sucede no es ni real ni literal. Sin embargo, diremos que la puesta en escena ha tenido realmente lugar. Una actividad no literal se produce literalmente si se conforma al uso habitual. Los sucesos reales o efectivos son categorías de categoría híbrida que se componen de acontecimientos percibidos en un marco primario y acontecimientos transformados que se identifican de acuerdo con su estatus de transformación. Podemos incluir en la misma categoría la realidad que se construye retrospectivamente, de la que se toma conciencia cuando nuestra definición de la situación se descubre como errónea.

Pero esto es demasiado simple. En efecto, hay secuencias de acción que incluyen una transformación pero que no son consideradas en esos términos. Nuestros ritos de saludo incluyen a menudo preguntas sobre la salud de otro que no se entienden como demandas reales de información. También podemos besarnos en estas ocasiones de una forma que tiene poco que ver con el modelo sexual original. Entre hombres golpearse la espalda no tiene nada que ver con intenciones belicosas. Estas ceremonias sólo indican que dos personas se han saludado. Un acto literal puede tener componentes figurativos que no son vistos como tales. Si queremos aprender el marco secundario de un saludo tendremos que acudir al teatro, a un

curso de protocolo. Para ser cuidadosos, los términos «real», «efectivo» y «literal» los reservaremos para indicar que una actividad no ha sido transformada más allá de lo que se considera usual.